

P. MARAGALL: Informe sobre el IV Congreso de la International Economic Association, Budapest, 1974.

Los Congresos de la IEA han tenido siempre una cierta trascendencia (recuérdese, por ejemplo, el Congreso de Lisboa sobre «Consecuencias económicas del tamaño de las naciones», un resumen de cuyas ponencias y discusiones ha sido editado por el profesor A. Robinson de Cambridge y traducido al castellano por Labor, 1971, con este mismo título). Junto con los congresos de Econometría y los de la American Economic Association forman el principal foro de debate oral en economía.

Este año el Congreso se celebraba por primera vez en un país de Europa del Este y asistían a él representaciones muy nutridas de economistas de esta región frente a la representación occidental (Machlup, Balassa, Kaldor, Cooper, H. Johnson, Swoboda, Mundell, Kennen, Lipsey, Lundberg, Barre, Marjolin). La prometida presencia de gente del tercer mundo (A. Gunder Frank, S. Amin, R. Prebisch) no se cumplió, de modo que los representantes «heterodoxos» quedaron reducidos a una minoría (S. Tsuru, gente de tendencias moderadas como Lizano y unos pocos africanos). En síntesis el Congreso consistió en un «tête-à-tête» entre economistas socialistas, principalmente rusos, y occidentales, principalmente americanos, a un nivel bastante político, sobre el tema de la integración económica internacional, ante un foro de 2.000 economistas mayormente venidos de los países avanzados o semi-avanzados de Europa y América.

El número de intervenciones, incluyendo sesiones plenarias y grupos de trabajo, totalizó unas 450, por lo que es imposible dar cuenta de la diversidad y cantidad de los debates habidos. Sólo la publicación de las Actas del Congreso y la síntesis de las principales contribuciones voluntarias que editará el profesor Robinson darán una idea de lo que fue el Congreso con cierto detalle. Algunas de las ponencias y contribuciones invitadas, incluso correspondientes a las sesiones plenarias, no estuvieron disponibles en forma escrita a lo largo del Congreso.

La mejor síntesis breve que puede hacerse de las reuniones es que éstas consistieron en una comparación competitiva entre dos tipos de integración económica internacional, la integración de mercados o capitalista y la de proyectos de producción e intercambios internacionales a precios pactados o socialista, personificados respectivamente por la C.E.E. y el Consejo de Ayuda Económica Mutua o Comecon. Como variantes en el debate hay que apuntar el ala radical de partidarios de la libertad de mercado (Haberler) que consideran cualquier tipo de integración regional como una discriminación contra terceras naciones y un obstáculo a la óptima asignación de recursos a nivel mundial, y los modelos de integración espacial de la producción de bienes públicos, cuya novedad (el caso de la ponencia de Cooper) consiste en tratar la preferencia de los habitantes de una determinada región por uno u otro

tipo de organización socio-económica (mercado o plan) como susceptible de satisfacción por el lado de la oferta de bienes públicos, entre los que figuraría precisamente el tipo de organización social. Así como las tesis de Haberler suscitaban un debate encendido con los socialistas, las de Cooper, importadas de la economía regional y urbana, quedaban sin respuesta posible.

El enfoque tradicional del estudio de los efectos de la integración (Balassa), comparando «efectos creadores de comercio» con «efectos de desviación del comercio», que daría un saldo positivo en el caso de la CEE en tanto que la multiplicación de los intercambios intra-comunitarios sobrepasaría a la restricción del comercio entre países comunitarios y terceros, plantea, por un lado, complicados problemas de medición y suscita, por otra, reflexiones sobre la inutilidad de esta clase de ejercicios estáticos, cuando los efectos dinámicos o sobre el crecimiento son los que realmente priman a la hora de decidir (Lipsey, Kaldor). Es curioso que la mayor proximidad a nivel técnico se diera entre los modelos propuestos en Europa occidental para medir de otras formas el grado de integración (como en la ponencia del belga Walbroeck, que proponía la proyección hasta el presente de un no-mundo de intercambios y producción basado en las tendencias anteriores a la integración, para compararlo con el mundo real integrado) y modelos de planificación de producción e intercambios como el de los polacos Mycielski y Trzeciakowski.

Las implicaciones políticas de esta relativa comunidad de intereses técnicos a los dos lados de Europa planearon (sólo eso) sobre los debates, cuya iniciativa y conclusión quedaba en manos, a nivel ideológico por lo menos, de los representantes de las dos grandes potencias, USA y URSS. Las tensiones intra-bloque (USA-EEC y URSS-países socialistas europeos), que sólo algún francés se atrevía a airear abiertamente y aun sólo en los grupos de trabajo, quedaban así en un segundo plano. Los rusos insistieron machaconamente en las ventajas de la integración europeo-oriental y veladamente en los sacrificios que ésta representaba para la URSS. Para los americanos la crítica a las veleidades independentistas de Europa Occidental se hacía más difícil, pues la CEE tenía en los debates el rol de prototipo de la integración vía mercado libre. Sólo la franqueza liberal de derecha de Haberler (cuya crítica, por otra parte, caía convenientemente con mucho mayor peso sobre la integración socialista) y en determinados momentos de H. Johnson (defendiendo a las multinacionales americanas de los gobiernos europeos «que quieren tenerlas en su país pero no pagar los costes inherentes») o de Kennen (afirmando que si los europeos se ahogaban en dólares es ante todo porque primero habían estado clamando por ellos) era consistente con la obvia preocupación de los gobernantes norteamericanos, durante los últimos años, por la resistencia europea a la penetración de capital norteamericano y la extensión del área comercial europea al Mediterráneo y África.

A pesar de que un Congreso como éste tenía que reducir necesariamente la actualidad y la carga política de los debates hasta un mínimo denominador

común relativamente soportable, algunos temas realmente picantes tenían que emerger en una fase crítica de la economía internacional como es la presente. Descartada la cuestión del tercer mundo (que casi simultáneamente provocaba en Bucarest discusiones violentas en el marco del Congreso de la Población), las dos preocupaciones presentes que se abrieron paso en las reuniones fueron: 1) la crisis monetaria internacional, cuestión que enfrentó a R. Mundell con P. Kennen en el grupo de trabajo sobre movimientos internacionales de capital, y 2) la integración monetaria europea.

La propuesta de Mundell de estabilizar la economía mundial mediante políticas monetarias restrictivas en USA, Japón y Alemania occidental (acompañadas de políticas fiscales expansivas para evitar el paro generalizado) es peligrosa y conducirá al peor de los mundos (depresión con inflación) en opinión de Kennen y también del alemán Giersch. Los rusos asistían de espectadores al debate, interviniendo sólo para anunciar una reducción de las inversiones americanas en Europa (del tema de la orientación de esas inversiones hacia la Unión Soviética no se habló ni se hablará hasta el próximo Congreso, que se centrará en las relaciones económicas Este-Oeste) y para defender el papel del oro en un futuro sistema monetario internacional en que los países socialistas estarían dispuestos a intervenir. A las acusaciones de discriminación por la venta de petróleo ruso a precios inferiores al mundial (dentro del Comecon), los economistas soviéticos respondían que los intercambios entre países socialistas se hacen siempre a precios mundiales pero desprovistos de variaciones cíclicas y especulativas —lo que no está exento de implicaciones poco agradables seguramente para los árabes—.

La integración monetaria europea fue objeto de un «solo» de los economistas de la CEE decepcionados por la poca audiencia que sus recomendaciones tienen en Bruselas. La teoría de las «áreas monetarias óptimas» sostiene que sin integración en el mercado de factores (igualación de tasas de salario y tipos de beneficios) y propensiones a la inflación más o menos homogéneas entre naciones, no puede avanzarse hacia una unificación monetaria. La experiencia demuestra que el movimiento de factores más importante se ha producido desde la periferia y el exterior de la Comunidad hacia el interior de ésta (migraciones mediterráneas a Francia, Alemania y también a otros países, como Suiza, exteriores a la CEE). Los movimientos de capital a largo plazo dentro del Mercado Común han sido relativamente reducidos. Quizá poco pueda hacerse frente a todo esto en el actual estado de cosas. En cambio, sí hubiera podido instrumentarse en opinión de muchos economistas, una política económica y monetaria europea más interdependiente, paso previo para la unificación. Otros economistas, más próximos a los niveles políticos de la CEE, argumentaban que la causa principal del fracaso de la unificación monetaria representada por la flotación conjunta han sido las perturbaciones exteriores. La opinión posiblemente más compartida es que nada puede hacerse mientras dure la crisis actual y no se adopten las reformas estructurales previas para homogeneizar el comporta-

miento de los mercados de factores y las políticas económicas (Lamfalussy). Pero no faltaban opiniones en el sentido de que la crisis económica internacional hacía precisamente más urgente (y posible) el lanzamiento de nuevas iniciativas de unificación monetaria.

Aun contando con estas incursiones en temas de actualidad el tono del Congreso era, por lo general, notoriamente versallesco en comparación con la acidez y tensión de las discusiones político-económicas en curso a lo largo y ancho del mundo. De algún modo la confluencia de intereses USA-URSS en el sentido de una evolución moderada a partir del *statu quo* internacional marcó el carácter del Congreso, dejando lugar para el debate sólo a nivel abstracto (mercado frente a plan). Lo más cierto parece ser que las dos grandes economías de ámbito continental, máximos exponentes del modo de producción capitalista y socialista, están por el momento en condiciones de controlar aquella evolución hacia la integración del resto del mundo en áreas económicas de tamaño comparable al suyo propio (al de USA y URSS). Esto es particularmente cierto en el caso de Europa, dividida por el momento en dos áreas de influencia. Pero la creciente relación económica USA-URSS, que ambos países parecen necesitar, tiene que suscitar un desarme comercial e ideológico cuyas consecuencias sobre el proceso de formación de una economía europea más interdependiente asusta posiblemente tanto en los Estados Unidos como en la Unión Soviética, si bien por motivos diversos (indisciplina comercial en el primer caso, ideológica en el segundo).

La participación española en el Congreso fue prácticamente nula, lo que no deja de ser sorprendente para un país donde las consecuencias de la integración económica y comercial europea son materia de reflexión y discusión cotidiana. Existen numerosos estudios de las repercusiones de la formación del Mercado Común sobre la economía española, estudios cuya aportación estará ausente de una cita que marcará por mucho tiempo el desarrollo de la teoría económica de la integración internacional. Quizás el ingrediente político de la cuestión paralice un tanto a los economistas españoles: pero es obvio que sobre la base de una argumentación política (el caso de la CEE) o no política (por parte de Estados Unidos) los grandes mercados están infligiendo costes económicos ciertos sobre nuestra actividad productiva al discriminar contra nuestras exportaciones de zapatos o manzanas (o de fuerza de trabajo), o al dictarnos, como durante la primera fase de la crisis monetaria 1971-1973, una política de cambios determinada. Se puede estar de acuerdo con la esencia de la argumentación política en que se basa la discriminación comercial, pero ello no exime (al contrario) de calcular los costes de ésta.

La organización del Congreso fue correcta, sobre todo teniendo en cuenta la diversidad de las delegaciones presentes. Un fallo patente fue el de la centralización y falta de capacidad de las fotocopiadoras. Pero esto se solventará posiblemente en poco tiempo con la comparación económica Este-Oeste de la que no se habló en el Congreso aunque el Congreso mismo fue una muestra de relativa cooperación.